

Woman in a taxi crossing New York

Para Fran, para Jan y para Luis

Die Ros' ist ohn warumb, sie blühet weil sie blühet / Sie achtt nicht jhrer selbst,
fragt nicht ob man sie sihet.¹

Angelus Silesius, Cherubinischer Wanders.

Was ist tot? Was ist vergangen? Was einmal gedacht hat und gewirkt, das ist
auch heute noch Gedanke und Wirkung: Alles Gewaltige lebt!²

Gustav Meyrink, Der Engel vom westlichen Fenster.

¹ «La rosa es sin porqué, florece porque florece,/ no se cuida de sí misma, no pregunta si se la ve.» (Traducción de Héctor A. Piccoli).

² «¿Qué significa muerto, qué significa el pasado? Lo que ha pensado y obrado una vez, sigue siendo hoy pensamiento y efecto. ¡Todo lo poderoso vive!» (Traducción de José Rafael Hernández Arias).

*

Una habitación blanca.

Una mujer blanca.

Una pistola negra.

En la boca blanca.

Y las sombras en danza.

*

Woman in a taxi crossing New York. Se siente a gusto en el asiento de atrás. Con la palma de la mano acaricia la tapicería. «Huele a tabaco», piensa.

–Can I smoke in the taxi?

–¿Latina?

–Española. De Madrid, pero llevo muchos años viviendo aquí. En Brooklyn.

–Yo ya no puedo ni contarlos.

–No tiene acento español.

–Noruego.

–¿De Oslo?

–No de esa Noruega.

Un silencio incómodo. El taxista enciende la radio.

–¿Puedo fumar?

–¿Está loca? ¿Se dispararía un tiro en la boca?

Woman in a taxi crossing New York. Por la radio echan The whinies.

–¿Y esa canción?

–The Whinnies. Después de Joy Division, lo mejor de su generación.
¿Los conoce?

–Sí.

–¿No le gustan? ¿Quiere que cambie de emisora?

–No, déjelos, no me haga caso. Es esa canción. Siempre he creído que oírla, que escucharla, me traería algo malo, mala suerte, no sé, una desgracia. Qué tontería, una superstición. Estoy un poco susceptible, por eso necesito fumar.

–No se preocupe. Ya lo hemos dejado atrás.

–¿Cómo dice?

–Olvídelo.

*Woman in a taxi crossing New York. Le suena el teléfono. «Yorgos.»
El taxista la mira por el espejo retrovisor. Bajo el reflejo de sus ojos
cuelga una golondrina de trapo. Con la mirada le dice que coja el
teléfono. «Está diciéndome que lo coja.»*

–Cójalo.

«No.»

–Esta vez sí, cójalo.

Ella obedece y abre el bolso.

–¿Yorgos? ¿Has escuchado mi mensaje? ¿Cómo que no? Tienes un mensaje mío en el contestador. No lo has visto... ¿Cuándo? Hoy, de hace un par de horas o más, tres, a las nueve, no sé. ¿Qué?

¿Qué dices? Sí, a las nueve, has oído bien, a las nueve. No te entiendo... ¿Que son las ocho y media? ¿Me tomas el pelo? Escucha el mensaje. Por favor. Escucha el mensaje y... ¡Pues si no tienes ningún mensaje te lo inventas!

*

—Qué bien conduce.

—Gracias. Son los caballos. Doscientos. Doscientos caballos salvajes cruzando New York City.

«Un ladrido.»

—¿Qué ha sido eso?

—Los caballos no han sido.

—Sin duda.

—Ha sido Frank, ¿no lo ha visto?

Ella se echa hacia adelante. En el asiento del copiloto hay una canastilla con un chihuahua en su interior. El perro la observa con indolencia.

—Es feo, ¿verdad? Yo digo siempre que es el hermano feo de Albert Einstein... ¿Lo pillas? Frank... El hermano feo de Einstein... ¡Frank... Einstein!

El taxista se desternilla de risa. Ella, impertérrita, se recuesta de nuevo en su asiento.

—No le ha hecho gracia.

–No.

–Lo siento. Perdí el sentido del humor hace mucho, no sé dónde. Cuando se ha viajado tanto, uno termina por hallar un sentido único, por convertirse en un sentido en sí mismo. Ahora en serio, Einstein me gusta mucho y los chihuahuas también, a pesar de ser tan feos. Me gusta leerlo entre trayecto y trayecto. Leerlo o mirarlo. A veces no lo leo, lo miro. A veces me pasa que lo abro y lo miro y ya sé lo que tenía que buscar en ese libro. ¿Sabe qué dijo Einstein sobre conducir, viajar...?

–No.

–Dijo que el punto de luz más lejano que podemos ver con nuestros ojos se encuentra aquí mismo, a nuestras espaldas, en el cogote, ¿lo ve usted?, usted está viendo el punto más lejano que yo jamás alcanzaré a ver de toda la galaxia. Casi nada. Sé que es difícil de creer pero ya sabe lo que se dice, que los árboles no dejan ver el bosque, los edificios la ciudad, las horas el tiempo.

–¿Por qué me cuenta todo esto?

–Quiero que se sienta bien, Edith.

–¿Cómo sabe mi nombre?

–¿Su nombre?

–Sí, mi nombre.

–Por la etiqueta, en su maleta.

–En mi maleta.

–En el maletero. Esta vez no se la deje cuando lleguemos. Seguro que no lo hará. Cuando alguien conduce bien, parece que el tiempo retroceda, ¿verdad? También lo dijo Einstein.

–Por cierto...

–¿Sí?

–Nada.

–¿Qué?

—Nada.

«¿Adónde vamos? Se lo he dicho, se lo tengo que haber dicho y no me acuerdo. ¿Qué marca el taxímetro? ¿No tiene taxímetro? Me va a cobrar lo que quiera. ¿Llevo dinero? No sé si cogí... Haloperidol. El bolso lleno de haloperidol. El teléfono, la cartera, más haloperidol. ¿Por qué tanto...? Mi hija. Se la ha llevado. Él y su amante. Y todo lo que sacrifiqué por él. Demasiado deprimida, tanto haloperidol. ¿Y cómo quieren que esté? Mi dolor es lo real, no su diagnóstico ni su haloperidol. Devuélvanme a mi hija y el tacto de sus orejitas al nacer, qué suaves, como las de un perrito, me muero de ganas de acariciarle las orejas al chihuahua del taxista, me...»

—¿Puedo?

—Por supuesto. Le encanta, es un consentido.

«... me acuerdo como si fuera ayer cuando nació y parece que fuera ayer y ya ha cumplido siete años y su padre lo graba todo antes de irse con su amante y con mi hija y yo con las uñas rotas de arañar la pared del recibidor y cuando vienen a buscarme, lo ha hecho, ha sido capaz de hacerlo, los ha llamado, procuro que me encuentren tranquila para demostrarles que estoy bien y la pared hecha un infierno, ¿pero cómo quieren que esté?, retrocedo corriendo hasta el salón y me siento y me encuentran en el sillón como siempre, sentada en el sillón de mi casa como siempre, como siempre pero con la cabeza echada a un lado y haloperidol, haloperidol, haloperidol, el bolso lleno de qué es esto...» *Una pistola.*

—Me siento sin esperanzas.

—La entiendo.

–¿Cómo?

–Se está viendo de espaldas. Usted misma tapa sus esperanzas.

–Eh... Sí, sería una manera de decirlo...

–Pero no se preocupe. Afortunadamente aún nos quedan los caballos.

*

–No tiene taxímetro.

–Sí tengo.

–¿Dónde?

–Frank.

–¿Su chihuahua?

–¿Le parece absurdo?

–Sí.

–Edith, ¿cuenta el haloperidol su vacío?

–¿Qué? ¿Cómo sabe...?

–Por el temblor de sus pupilas, lo emborrona todo.

–¿Quién es usted? ¿Qué está pasando?

–Lo sabe.

–¡No!

–No me grite. Si alguna vez se hubiera detenido a contemplar su sombra moviéndose por la pared ahora no estaría en el asiento de atrás del taxi.

*

–Entonces, ¿viajamos hacia el pasado?

–¿Acaso tenía futuro?

«No puede ser.»

—Creerá que no puede ser pero, si lo prefiere, piense que sigue con el cañón de la pistola metido en la boca en ese hotelucho de mierda y busca en su memoria, a una velocidad mayor que la de la luz, algo que le impida apretar el gatillo, o mejor aún, acaba de apretar el gatillo y la bala le está atravesando el cráneo mientras su vida entera transcurre ante usted en menos de una fracción de segundo y plaf, una pizza contra el techo. Dicen que eso pasa pero yo, si fuera usted, no me lo creería. Nadie ha vivido para contarlo.

—¿Quién es usted?

—¿Perdone?

—¿Cómo se llama?

—Vardøger.

—¿Var...?

—Vardøger.

—Uve, a, erre, o con barrita, ¿sabe?

—Sí, sí.

«Lo he leído en su matrícula pero no sabía qué era, es su nombre, Vardøger.»

—Semáforo en rojo. Contenga la respiración. Hágalo. Frank también lo está haciendo, ¡hágalo! Cuando se está tan quieto, uno siente que se encuentra a un ápice de todas direcciones. El tiempo es dúctil, natural, está vivo. Y razona. El tiempo razona. Y a veces se forma su propia opinión sobre muchas de las cosas que pasan. Y la muestra. Como ahora. Tiene que saberlo. Sépalo. Ahora mismo el tiempo está ardiendo como un escorpión en llamas. Semáforo en verde.

*

—Hemos llegado.

—¡Adónde? Por favor, ¿adónde? Esta es la calle de...

—Sí. Baje, no se haga de rogar. Y devuelva esa pistola, por favor, no me gusta llevar armas de fuego de otros en el taxi. Ahora le doy su maleta. Y no se preocupe, la esperamos aquí, ¿verdad, Frank?

Frank ladra.

*

Las zonas para fumadores son el jardín, la sala de juegos y la sala de televisión de la planta de las habitaciones. Es obligatorio entregar el paquete de tabaco y el encendedor al celador antes de entrar en la habitación. En la habitación tampoco puede tenerse comida, productos y/o objetos de higiene y cuidado personal, corbatas, cinturones, objetos cortantes y/o punzantes, así como cualquier aparato electrónico con su correspondiente cable de conexión a la red eléctrica. Tampoco está permitido guardar comida en el control, el bar o la nevera del botiquín. Hay que cumplir con el horario de comidas. Fuera de este horario y sin causa justificada, no se servirán. El desayuno incluye un café, zumo, galletas, tostadas, mantequilla, mermelada, leche, cacao en polvo y cereales. La merienda incluye leche o zumo, cereales...

*

La mujer abre la maleta sobre la cama de la habitación. Una anciana la observa tendida desde la cama de enfrente.

«La habitación es blanca. Quizás nunca haya salido de aquí, quizás nunca haya cogido un taxi a ese hotelucho. Puede que me haya vo-

lado la tapa de los sesos aquí mismo. Tengo que darme prisa. Todas mis cosas en la maleta menos ella, menos él. Se la llevó. ¿Acabo de llegar o me voy? No lo sé, sólo sé que esta no es mi casa y en mi cabeza doscientos caballos al galope. Se la llevó con su amante y ahora viven los tres juntos, felices sin mí, y yo ingresada, esta no es mi casa. Por qué lo hice, que ni se le ocurriera irse, que a la niña ni tocarla, que le mataba, ¡te mato!, antes de que cruces esa puerta te mato a ti y la niña, ¿lo oyes bien?, ¡os mato a los dos! Lo grabó todo, la puta de la amante.»

—Margarita, ten, la pistola. He venido a devolvértela. No la quiero.

«Está muerta. Ha muerto. Sí... Me quedé a solas en la habitación con ella. Pasé mucho miedo, me acordé de mi madre y las sombras que siempre me han dado miedo.»

—Margarita...

«Me asomé a sus ojos. La última vez que habló con su marido ella ya estaba aquí y él, en el hospital. No sé quién llamaría a quién, da igual. Ella estaba en la cabina de la cafetería, de pie, las piernas negras de varices. Siempre he sido de venas muy finas, le decía a todas las enfermeras con una sonrisa. No tenían nada que contarse por teléfono. Él iba a morir. Qué coño van a contarse. Permanecían en silencio. Nada más. Ella casi no se sostenía con las piernas negras, le temblaba el bajo de la falda. Sólo querían estar juntos, sentirse, seguir juntos. Al final uno de los dos se despidió y colgaron. Ella fue a sentarse y le vino la celadora: “Leche o zumo, cereales...” La última vez que hablarían. Fue ella quien me dio la pistola, era de su marido. La llevaba siempre consigo, escondida dentro de la urna, a quién se le iba a ocurrir mirar allá. Cada maña-

na, Margarita abría la ventana y colocaba la urna de su marido al lado de los mímulos, entre el cristal y las rejas. “Era muy voyeur y sigue siéndolo después de muerto.” Hablábamos mucho. Me decía tantas cosas. “Edith, ¿en qué momento nos quitaron las riendas de la vida? ¿Tú lo sabes?” No siempre la entendía. “¿Qué haces aquí? Deberías estar con tu madre y no con esta vieja.” Yo le decía que debería estar con mi hija. “No me repliques. Con tu madre he dicho.” Con ella me daba mucho por llorar. Margarita se fue con los ojos brillantes y yo a solas con ella, pendiente de sus ojos, me podía la curiosidad. ¿Le habría encontrado ya? ¿Volverían a estar juntos de nuevo?»

El cuerpo de Margarita sufre un espasmo.

«Se abrazaron al fin. Vacío el bolso en la taza del váter. El móvil, el haloperidol, la pistola. Vardøger me espera afuera. Con Frank.»

Frank ladra.

*

«Sólo las víctimas pueden ser valientes.»

*

–Mamá, ¿has vuelto?

–¿Puede verme?

–Es una niña. Puede. No tardes en despedirte de ella. No puede venir con nosotros.

–¿Hasta dónde...?

–Aún nos queda.

–¿Hasta dónde hay que llegar? No voy a poder. No tengo valor.

¿Renunciar a mi propia hija?

–Sí.

–Te quiero, hija mía. Te querré siempre. Y perdona lo que estoy a punto de hacer.

–No te preocupes, mamá.

–Estás bien, ¿sí?

–Sí.

–Te quiero.

–Lo sé.

–¿Sí? ¿Y cuánto lo sabes?

–Mucho.

–¿Mucho o mucho-mucho?

–Mucho-mucho porque lo dices en voz baja y en voz baja no puede decirse mentiras.

–Es verdad.

–Te quiero.

–Te quiero.

–Adiós, mamá.

–Adiós, mi amor.

–Dale un beso a Bocazas.

–Sí.

–Adiós, mamá.

–Adiós.

*

–De pequeña siempre quise ser epiléptica. O lesbiana. Algo especial. Tener poderes especiales. Ser una superheroína. Volverme invisible, volar, atravesar las paredes. Salvar el mundo. Diferente.

Pero esto. Esto es una putada. No quiero seguir, no puedo seguir, no. Vardøger, ¿a qué velocidad galopan esos putos caballos tuyos? Seguro que no son más rápidos que una bala. ¡Quiero morir! He disparado, sí, he disparado. Y he muerto. Ni esperanzas ni caballos.

–Si así fuera, no hablaría tanto.

–Hasta dónde.

*

«El intenso aroma mentolado de su cigarrillo, me giro. Aún no sé que se llama Yorgos pero me invade una intensa sensación de déjà vu, puede que a él también. Noche de enero tras una ola de frío. En un pub. Se presenta. Yorgos. De Salónica, Grecia. Me pregunta cómo me llamo. Suenan The Whinnies. Claro, ahora lo entiendo. Cómo me llamo. No me da tiempo a responder. Está nervioso y se arrepiente o no lo sé, se ríe, sacude la cabeza, se da la vuelta y de espaldas le digo mi nombre y fue la primera vez que lo escuchó, de espaldas, mi nombre, en su espalda, hasta ahí voy a llegar contigo, ese es mi futuro, tu espalda, un buen lugar para suicidarse, y esta vez, frente a tu espalda, callo. Y Yorgos se aleja.»

–¡Espera!

«Salto del taburete y le cojo por la muñeca. Siguen sonando The Whinnies. Se da la vuelta.»

–¿No lo sabes? ¿De verdad no lo sabes?

–¿Qué?

–Me has olvidado. Me prometiste que nunca me olvidarías y me has olvidado.

–Pero...

—Adiós.

Woman in a taxi crossing New York.

*

«“Eso sólo pasa en las películas”, decía mi madre. Era su frase favorita. Se refería a los finales felices. “Eso sólo pasa en las películas.” Las paredes se hinchen y del yeso emergen escamas gigantes. Vardøger espera afuera con su perro, pero mi madre me toma la mano y se cubre los ojos con ella. La agitación de sus pestañas en la palma de la mano, la mirada de terror que no quiere que vea. “Mamá, ¿por qué no puede ser un adiós el momento más feliz de nuestras vidas?” Tengo trece años y esta vez no vas a conseguir que te crea, no vas a alejarme de ti, no voy a moverme de tu lado y no me muevo, no me muevo, no me muevo y cuando todo permanece inmóvil de repente percibo un movimiento a mi alrededor y descubro mi sombra deslizándose por la pared, es lo único que se mueve, mi sombra en la pared, mi sombra moviéndose por la pared, por las paredes de la habitación blanca.

Barcelona, septiembre - noviembre de 2010